



Homo Sapiens: ¿Una Especie Monógama?

Luis Santiago Lario Herrero y **Santiago Lario Ladrón**

<9684sll@comb.es>

Muchos antropólogos creen que la hominización, con el profundo y prolongado periodo de dependencia infantil que traía consigo, no hubiese podido llevarse a cabo si la humanidad no se hubiese decantado por una organización familiar, hasta el punto de que la mayoría opina que bastó esa necesidad para que la humanidad se decidiese a adoptarla. Pero no deja de ser una postura arriesgada: “¿Engendran las necesidades su propia satisfacción? Afirmarlo constituye un pensamiento descaradamente teleológico incompatible con la verdadera ciencia. En este triste mundo las cosas no ocurren porque se necesiten o porque su aparición beneficie a alguien, aunque fuese a la humanidad en general.” (Gellner, *Antropología y política*, Barcelona, Altaya, 1999, p. 169). Aceptar que aquellos seres, con un cerebro bastante más rudimentario que el nuestro, pudieron ser capaces por el bien de las crías, de las hembras o de la especie, de violentar su naturaleza promiscua y empezar a vivir en parejas, exige de nosotros ese toque de credulidad y fantasía de uno de esos poéticos relatos de Walt Disney.

¿Entonces? Oigamos la velada opinión de Arsuaga y Martínez cuando hablan del distinto comportamiento sexual de los hominoideos: “¿Qué determina las diferencias en la conducta sexual, y por extensión en la conducta social, de especies tan próximamente emparentadas? Los genes.” (*La especie elegida*, capítulo 11). De cuando en cuando, las especies sufren mutaciones que significan variaciones en fisiología, morfología, anatomía o conducta. La selección escoge las más adecuadas y al cabo de unos cuantos miles de generaciones han pasado a formar parte del patrimonio. Y el súbito cambio del dimorfismo sexual de nuestros ancestros a partir del homo ergaster (hace millón y medio de años), apoyaría la idea (o cuando menos no la rechaza) de que en esa especie se podría haber iniciado una monogamia. En efecto, la acusada diferencia de corpulencia entre los sexos de los primeros homínidos (próximo al 40 %) sugiere estructuras sociales de gran competencia sexual próximas a la poligamia, mientras que su caída en el ergaster a niveles inferiores al 20 %, indicaría que su sexualidad podría haber evolucionado a formas menos competitivas como podría ser la formación de parejas (otra posibilidad sería una vuelta a la promiscuidad, pero eso, en lugar de una ventaja para la supervivencia de las crías, supondría un retroceso; esa cuando menos fue la tesis que mantuvo en la presentación de nuestro libro *Condenados a amar* la profesora de Psicobiología y Etoprimatología de la Universidad de Barcelona Montserrat Colell Mimó).

¿Pudo pues, haberse instaurado en los últimos homínidos, una programación innata hacia la vida en parejas? Es una posibilidad que, con los nuevos datos en la mano, ya no se puede desdeñar, y nos pondría ante nuevas perspectivas. Porque, si ese fuese el caso, ¿qué habrá pasado con el impulso responsable de ese fenómeno? Por supuesto, podría haber perdido fuerza, o incluso haber degenerado (gallinas criadas en incubadoras han llegado a perder el instinto de incubar). Pero parece hablar en contra nuestro escaso dimorfismo; el exiguo tamaño de nuestros testículos (para

evitar resquemores de los lectores sensibles, empezaremos por admitir que sabemos que todas las reglas tienen excepciones y a buen seguro que ellos lo son; pero una vez sentado esto habrá que aceptar que las especies promiscuas suelen llevar la competencia sexual al terreno de los espermatozoides y sus machos, como sucede en los chimpancés, suelen estar provistos de testículos más voluminosos, en proporción a la respectiva corpulencia, que los nuestros); la universalidad de la institución familiar; la existencia de esos misteriosos sentimientos que desde siempre (las primeras poesías amorosas nacen con los egipcios y a través de griegos y romanos llegan hasta nuestros días) parecen acompañarnos y que, con la nueva teoría, pasarían a ser algo tan sencillo como el reflejo provocado en la mente por ese impulso profundo, y por supuesto ajeno al mundo cognitivo; las tempestades químicas que llevan consigo; su habitual cortejo de celos; la autonomía e irracionalidad de todas estas emociones, etc.

¿Por qué si el 90 % de la gente vive, o cuando menos ha vivido un cierto tiempo, en pareja nunca se ha tenido en cuenta esta posibilidad? Hay varios motivos. Para empezar somos una especie demasiado pagada de su espiritualidad e inteligencia (es lo que nos separa del resto de los animales), de ahí que siempre tendamos a atribuirles la paternidad de aquellos rasgos de los que nos sentimos más orgullosos (aunque puede que a alguno de ellos no le corresponda por entero: ahí podrían estar incluidos la amistad, el patriotismo, el ansia de sobresalir, el amor maternal, etc.). Y no íbamos a actuar de otra forma con el que puede que sea el más exquisito y apreciado de nuestros sentimientos: el amor (aunque también en él puedan palpitar emociones ancestrales que ya hemos olvidado). Además, ahí está su fragilidad. Aunque la mayoría de la gente ha estado alguna vez enamorada, ni esa emoción ha sido tan fuerte que les haya atado de por vida a una pareja (salvo cuando se agrega una decisión personal en la que el cerebro y la voluntad participan activamente), ni tan violenta que excluya el atractivo sexual de las otras personas del entorno. Y eso, hace unas décadas, cuando se creía que los lazos de pareja en las monogamias eran tan fuertes que hacían aquella relación “exclusiva”, casi desechaba esa posibilidad en nosotros. ¡Más aún cuando además, la mayor parte de la vida, ni siquiera estamos enamorados!

¡Pero, hoy en día, las circunstancias han cambiado! Ahora sabemos que las “infidelidades” son frecuentes en todas las monogamias y que, por otra parte, junto a la presencia de monogamias vitales, hay otras que duran sólo el tiempo suficiente para sacar las crías adelante. Por lo tanto, lo que vemos suceder a nuestro alrededor, sería compatible con lo que podría pasar si nuestra especie fuese monógama, más aún teniendo en cuenta el brutal desarrollo de nuestro cerebro, bajo cuya batuta es imposible esperar una total uniformidad de comportamientos: nuestros impulsos biológicos (sean cuales fueren) nos empujarán en un sentido, pero serán incapaces de obligarnos a actuar de una manera determinada. Y eso nos debería obligar a un análisis más detallado y cuidadoso.

Y si lo hacemos, pronto nos daremos cuenta de que, aunque la creencia en nuestra naturaleza promiscua se ha hecho tan universal que ha dejado de ser una opinión para convertirse en un artículo de fe, los argumentos que se esgrimen a su favor no son tan convincentes como se pretende. Es verdad que nuestro pariente más próximo, el chimpancé, exhibe una promiscuidad total. Pero está claro que lo que pase en ellos no tiene por qué resultar determinante para nosotros. Hace más de cinco millones de años que nos separamos y, aunque el 98 % de nuestros respectivos ADN continúen siendo idénticos, las diferencias abarcan partes tan esenciales como laringe, pie, cadera, mano, piel, cerebro, genitales, etc. Y no hay ningún impedimento en que en ese etcétera no pueda estar incluido el modo de expresarse la sexualidad. Mas aún cuando, como hemos visto, los avatares del dimorfismo sexual de nuestros antepasados así parece indicarlo.

También se alega una pretendida falta de sentimientos amorosos en los pueblos más “primitivos” y por tanto “naturales”, pero tampoco resulta un hecho demostrativo.

Por una parte no hay unanimidad de criterio (Fischer y Jankoviak los hallan en el 87 % de las 168 culturas estudiadas). Y por otra la suposición de que su conducta esté más exenta de influencias culturales que la nuestra no merece ninguna confianza. Es verdad que su modo de vida, estancado en la edad de piedra, hace pensar en sociedades más jóvenes cuyas costumbres no habrán sido mediatizadas por el cerebro. Pero es un espejismo puesto que, en realidad, llevan los mismos años de evolución que nosotros. Y, admitida su igualdad de capacidad cerebral, cosa que nadie pone en duda, su atraso habrá que achacarlo a una profunda resistencia a las novedades casi siempre sustentada en un mayor respeto a unos tabúes: es decir a unas normas culturales: “el progreso es posible porque el cambio es posible.” (E. Gellner, *Ibid*, p.51),

Pero es que, incluso si aceptamos su conducta como más natural, habrá que hacerlo sin reservas y con todas las consecuencias. Y lo que se ve en la mayoría, es lo mismo que se ve en las demás especies monógamas: emparejamiento e infidelidad. Y defender sin más, que su infidelidad es espontánea y sus matrimonios impuestos, no parece una postura demasiado científica. ¡Cualidad por otra parte inherente al modo como se tratan otros muchos casos! Así, los muria, un pueblo que muchos presentan como paradigma de sexualidad natural desprovista de toda connotación afectiva, tienen unas curiosas costumbres. Poseen unos dormitorios comunes donde los muchachos, al llegar la pubertad se inician en la práctica de las relaciones sexuales. ¡Pero en realidad son de dos clases! En el primero, donde tienen lugar los primeros escarceos, se permite el libre emparejamiento. Pero tras un corto periodo de tiempo pasan al otro, ¡donde los lazos de pareja están tan estrictamente prohibidos que si se descubre que dos jóvenes se han acostado juntos más de tres noches se les impone un severo castigo! ¡Y, sin embargo, hay quien se siente autorizado para exhibir sus futuros hábitos como “prueba” de la que pueda ser nuestra condición “natural”! ¡Inefable!

¿Y qué opinar de lo que pueda pasar en sociedades restrictivas como las de los árabes? Aunque hay autores que sostienen que los enamoramientos también son frecuentes en ellas y provocan adulterios, fugas y melancólicas canciones, lo que pueda ocurrir casi carece de valor. Si ponemos granos de maíz o de trigo encerrados en recipientes secos y herméticos ninguno de ellos germinará, pero lo más probable es que aquellas semillas conserven toda su potencialidad de crecimiento que se manifestará cuando las condiciones ambientales pasen a ser las adecuadas. Y lo mismo podría pasar aquí. Incluso rizando el rizo su forma de comportarse podría verse como una prueba de que el que trazó sus pautas de conducta conocía la violencia del amor. Y si no, rogamos al lector que resuma cuales deberían ser a su juicio las normas de una sociedad que creyese en el fatalismo del amor y quisiera mantenerlo a buen recaudo. Y verán como casi coinciden con las suyas.

Y nos queda por analizar lo que sucede entre nosotros. Se dice que el amor es una creación cultural del siglo XII, pero una vez más es una afirmación aventurada, y para alimentar nuestras dudas ahí están los encendidos poemas de algunos pergaminos egipcios, la poesía de Safo (que se suicidó por un amor contrariado), Cátulo, Tíbulo o Propertio, la expresiva denominación de “locura de los dioses” que los griegos daban a los casos más llamativos, o esa explosión de amor “udrí” del siglo VIII. Es verdad que, incluso ahora, los lazos de pareja son bastante laxos y vienen muchas veces marcados por episodios de infidelidad, pero, como ya hemos dicho, eso ocurre en todas las especies monógamas. También es verdad que aunque hay épocas en las que hemos estado enamorados, menudean más esas otras en las que nos sentimos promiscuos, pero eso también pasa en otras monogamias (Lorenz nos refiere el caso de una gansa que tras dos episodios de ruptura de la pareja -por muerte del consorte- se volvió promiscua; y entre nosotros esas rupturas son bastante frecuentes- aunque afortunadamente por motivos menos drásticos). Incluso puede que sea verdad (como proclamaba Reich) que una promiscuidad extrema sea un buen antídoto para que no surjan lazos de pareja (el enamoramiento). Pero, una vez más, eso también sucede en

otras especies monógamas (Carter refiere el ejemplo de una especie de topos en los que esos lazos afectivos de pareja surgen cuando copulan unas cuantas veces con la misma hembra, en cambio si cada día se les mete en la jaula una hembra distinta no aparecen).

Como vemos, **la mayoría de hechos que se esgrimen a favor de nuestra promiscuidad no son convincentes, pues se da el caso de que se presentan en especies monógamas.** Pero, no nos hagamos ilusiones, porque las que podamos exhibir en pro de una naturaleza monogámica tampoco son indiscutibles (si lo fueran ha tiempo que se habrían aceptado). Incluso atendiendo sólo a nuestro entorno más inmediato no parece posible llegar a resultados definitivos. Es cierto que parece existir el enamoramiento, pero no menudea con exceso (a tenor de las encuestas el promedio por persona es un rácano 1'2) y además son emociones evanescentes que suelen desaparecer en unos años. Así que, si queremos alcanzar una opinión, habrá que hilar fino y valernos de indicios que tal vez no sean todo lo demostrativos que quisiéramos pero que, a falta de otra cosa, pueden inclinarnos a favor de una de ellas.

Y el primero sería la distinta simplicidad de cada una de la teorías. Mientras que durante siglos nos hemos tenido que esforzar en buscar enrevesadas hipótesis (algunas de ellas francamente originales) para explicar fenómenos como la universalidad de la familia, el origen de las emociones amorosas, o la naturaleza y la causa de los celos, la nueva los engloba con facilidad en una explicación única (lo cual siempre ha sido el desiderátum de todas las ciencias) y tan sencilla que está al alcance de cualquiera.

El segundo, la distinta concordancia de sus respectivas afirmaciones con lo que sucede en la naturaleza. Por ejemplo, volviendo a la posible inmunidad que la promiscuidad puede tener frente al enamoramiento, ya hemos visto que en otras especies monógamas sucede algo semejante. En cambio, que el poner cortapisas a una promiscuidad natural (como defendía Reich), sea capaz de originar lo que una buena porción de la humanidad estima como su sentimiento más hermoso, no sólo no tiene representación en la naturaleza sino que, a nosotros cuando menos, nos parece imposible. ¿Desde cuando la naturaleza se dedica a premiar a los que conculcan sus dictados? Todos los hemos contrariado en alguna ocasión, pero lo que nuestra rebelión suele despertar no son emociones placenteras, sino todo lo contrario.

El tercero, las cualidades instintivas del enamoramiento, reconocidas implícitamente por alguno de nuestros mejores pensadores. Oigamos si no al mismo Ortega y Gasset: "El "enamoramiento" es otro de esos estúpidos mecanismos, prontos siempre a dispararse ciegamente, que el amor aprovecha y cabalga, buen caballero que es. No se olvide que toda la vida superior del espíritu, tan estimada en nuestra cultura, es imposible sin el servicio de innumerables e inferiores automatismos." (*Amor en Stendhal*, VI). Aparte de las que puedan ser discrepancias de matiz, y sobre todo de terminología, ¿nos quiere alguien decir, en que se diferenciaría ese "mecanismo automático y estúpido, pronto siempre a dispararse ciegamente", de un impulso biológico, o de un instinto? ¡En nada!

Y, *last, non least*, su devenir más frecuente. Todas las encuestas resaltan nuestra mayor propensión al enamoramiento en los años mozos. Con la edad esa tendencia se debilita hasta el punto de que si dejamos escapar ese periodo, después se hace más peliagudo encontrar una pareja "apropiada". Y, frente al galimatías de otras teorías para explicar este hecho, es lo que cabría esperar si la afición por vivir en pareja fuese resultado de un impulso biológico. En efecto, todos presentan periodos de máxima expresión y después se atenúan, hasta el punto de que instintos tan necesarios para un león como cazar y matar, pueden verse dañados si durante la época apropiada no tienen oportunidad de ejercitarlo (todos hemos visto alguna película basada en el tema de cachorros criados amorosamente en cautividad que luego tienen problemas para poder reintegrarse a la que debería ser su vida natural), por lo que resultaría

razonable esperar que también ocurriese con éste. Y así, aunque ese anhelo por vivir en pareja pudiese continuar guiando nuestra vida, el impulso individualizador (el enamoramiento) perdería eficacia y tendría que ceder buena parte de su anterior protagonismo al cerebro.

¿Condenados a Amar?

¿Nacemos pues, genéticamente programados para enamorarnos? Es posible que sí. En ese caso vendríamos al mundo provistos de un “mecanismo innato de desencadenamiento” (conformado por un grupo de genes que al operar coordinadamente y al unísono llamamos un operón), dispuesto es este caso para que, al dispararse en el momento oportuno (en algunas especies para que surjan los vínculos se precisan unas cuantas cópulas con la misma pareja, mientras que en otras se adelantan varios meses a la primera relación sexual, y es de esperar que, dada nuestra capacidad de fantasía ese sea nuestro destino), despierte en nosotros una violenta y compulsiva atracción hacia una determinada persona que aflorará a nuestra conciencia bajo la forma de un enamoramiento. Es al gen encargado de ponerlo en marcha al que, en nuestro primer libro, nos atrevimos a llamar “el gen del amor”, porque al fin y al cabo sería el responsable de que surja esa atracción tan especial que en adelante destacará (por un cierto tiempo y con variaciones personales en la manera de sentir esa preferencia) a esa persona sobre todas las demás.

Ya sabemos que esta hipótesis va a herir la sensibilidad de muchos enamorados, pero en realidad, de manera sibilina, está aceptada por todos: ¿nos quiere alguien explicar a que se refieren cuando, al hablar del origen de su sentimiento, hablan de corazón? Está claro que utilizan esa palabra como metáfora, para designar algo distinto, y en muchas ocasiones opuesto, al cerebro. Pero el resto de nuestro cuerpo, incluido el corazón, es pura biología, y se ajusta en todo a las reglas de la biología. Por eso, cuando simbólicamente se están refiriendo a él, en realidad están aludiendo a ese batiburrillo de apetencias, emociones, deseos y sentimientos cuyo origen no pueden precisar, aunque los saben independientes y autónomos de ese poderoso cerebro. Además como mantenemos en “*Condenados a amar*” (Barcelona, El Cobre, 2002, p. 99): “el conocimiento no está reñido con la belleza. Despojar el amor de su misterio, divinidad y poesía para explicarlo con la razón es más prosaico, pero no daña su encanto. Ni una aurora polar, ni un ocaso, ni un arco iris son menos hermosos porque conozcamos sus fundamentos físicos y nos podemos extasiar con el hechizo de una luna llena o las sugerencias de una noche estrellada con la misma pasión que un antiguo cromañón. A lo más, donde unos veían espíritus, otros ven soles amortiguados por la distancia. Pero unos y otros pueden orar a un mismo Dios creador. Por otra parte, y pese al radical antagonismo que de entrada podamos sentir contra ella, esta teoría no niega los atributos especiales de cada amor: todo lo contrario. El cerebro es un prisma interpuesto entre impulsos biológicos y comportamiento. [...] Los instintos inciden sobre él y salen dispersos en espectros de matices tan variopintos y personales como puedan ser nuestras huellas dactilares, porque vienen influenciados por esas cualidades que de alguna manera modelan sus perfiles y les dan forma definitiva. [...] Una diferencia que se apoya en la multiplicidad de culturas, caracteres y, si queremos, “atractores neuronales”. La chispa es la misma, pero el combustible al que se aplica, muy distinto: de ahí que también lo sean las hogueras a las que va a dar lugar. Así podremos seguir enorgulleciéndonos de los delicados matices y singular belleza de nuestro amor y estar casi seguros de que, pese a los millones de seres humanos que pueblan la tierra, ninguno podrá presumir de tener otro totalmente idéntico.”

¿Qué lo haría dispararse? No lo sabemos. Pero la naturaleza no suele ser

tacaña en estos lances y es de esperar que se apreste a actuar en cuando se inicie el cambio endocrino que conduce a la pubertad (eso explicaría los fáciles amoríos propios de esas edades) y se dé un conjunto de circunstancias cuya índole desconocemos: ¿fruto de nuestras primeras experiencias? ¿reminiscencias de naturaleza filogenética? ¿vestigios de remotas conductas de cortejo? Sean las que fueren, cuando ese hipotético gen apareció, el cerebro estaba lejos de haber alcanzado su actual desarrollo, y tal vez por eso su opinión no sea tenida muy en cuenta. De ahí esa misteriosa irracionalidad de los enamoramientos que les ha ganado la ojeriza de tantos pensadores: “un estado inferior del espíritu, una especie de imbecilidad transitoria” (Ortega y Gasset); “es probablemente su irremediable estupidez lo que hace tan obscuro el discurso amoroso” (Cristina Peña- Marín). Y de ahí nuestro desconcierto ante la brusca y sorprendente aparición de unas emociones muchas veces ajenas a nuestra voluntad y a nuestra inteligencia, lo que les ha valido denominaciones tan expresivas como “locura de los dioses” (de los antiguos griegos), “amor loco” (de los franceses), o “amor mágico” (a quien los tubetute hacen responsables de sus adulterios). Y ha dejado a nuestros mejores pensadores un tanto perplejos mientras intentan descifrar aquel “periodo mágico” (M. L. Serer), aquella atracción “misteriosa, poco clara, indescifrable, casi laberíntica” (E. Rojas), aquel sentimiento “por naturaleza milagroso y mágico” (R. Moore), o aquel “estado como de encantamiento” (S. Dexeus).

Pero, pese a la fascinación que su actividad despierta en nosotros, ese gen no está solo. El cerebro nació para regular, encauzar y si hace falta contrariar los que puedan ser nuestros impulsos biológicos, y, en lo que atañe a este campo, lo ha hecho a conciencia. Cuando alcanzó el desarrollo suficiente para coger la batuta de nuestro comportamiento, se encontró con una especie estructurada en familias y, como el deseo de vivir en pareja era universal y sus propios análisis confirmaban su utilidad, aceptó aquel estado de cosas; pero en cambio manipuló en cada sitio el modo de establecerlas, dando paso a ese desorden que encontramos a primera vista. Así, según la variable participación de cada uno de esos factores, cuerpo y alma, corazón y cerebro, podríamos distribuir las relaciones de pareja en una serie continua, uno de cuyos extremos estaría ocupado por aquellas de marcado predominio biológico (los enamoramientos o pasiones, que aunque sea a nivel anecdótico han existido en todo tiempo y lugar), el otro por las más cerebrales (relaciones pragmáticas, interesadas, por conveniencia, por conformismo, etc.), y la zona intermedia por aquellas con una participación más paritaria (amores amistosos, inteligentes, o verdaderos, de otros autores). Bien entendido que, para nosotros, hasta las relaciones más cerebrales se apoyarían en ese impulso biológico que nos incita a vivir en pareja (lo que haría que hasta un buen tanto por ciento de los matrimonios impuestos pudieran encontrar en aquel estado ciertas dosis de felicidad). Fue la explosión de libertad sexual de las últimas décadas que en principio parecía amenazar la institución de la familia, la que, paradójicamente, trajo consigo su revalorización, porque puso en evidencia dos hechos: el primero que pese a los frecuentes fracasos, la mayoría de la gente prefiere en pareja; y el segundo que, pese a la indudable importancia que los factores financieros, profesionales y materiales tienen en la calidad de vida, para escoger el cónyuge (sobre todo en el primer amor) les gusta dejarse guiar por los sentimientos.

Con los actuales avances sobre el ADN no debe de estar lejano el día en que estos temas dejen de ser elucubración para pasar a ser conocimiento. Es verdad que con eso no pondremos fin al problema, pero al menos tal vez podremos contemplarlo con ojos más perspicaces. ¿O no? Son legión los consejeros que recomiendan no dejarse llevar por esas turbulencias emocionales (Rougemont, Ortega y Gasset, Fromm, Rojas, Tierno), que para otros (Stendhal, Alberoni) son el sostén de la pareja. Y puede que ambas posturas tengan buena parte de razón. Son muchas las veces en las que la elección del corazón se muestra equivocada, pero vivir de espaldas a nuestros

sentimientos tampoco es cómodo, y hacerlos desaparecer casi imposible. Además, pese a que en principio parece haber un antagonismo radical entre ambos bandos, las cosas no son tan sencillas. Ya hemos visto que, pese a su animadversión al enamoramiento, Ortega reconoce que el amor se apoya muchas veces en uno de ellos; Rojas admite que “la raíz del núcleo afectivo es el enamoramiento” (*El amor inteligente*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, p. 70), aunque más adelante precise: “Lo positivo y esencial es que.. sea verdadero, que traiga el amor y llegue para quedarse” (Ibid, p. 74); y Fromm (*El arte de amar*, Amor erótico), aunque intenta separar su concepto de amor erótico del enamoramiento, tiene ciertas dificultades (se diría que la única diferencia es que el primero va acompañado de unas buenas dosis de amor fraterno cosa que, según ese autor, debería ocurrir siempre ya que ese amor lo deberíamos sentir por todos nuestros semejantes). En realidad, y dentro de la confusión que rodean estos conceptos, se diría que para estos autores el amor es un enamoramiento “acertado” al que, por lo tanto, el cerebro puede dar su visto bueno. Cosa que aún queda mas a la vista en Tierno. Acepta que “la verdad del amor es el sentimiento” (*La fuerza del amor*, Temas de hoy, Madrid, 1999, p. 20), y que “el amor siempre surge de forma libre y natural” (Ibid, p. 25). Pero después, al intentar diferenciar el amor por enamoramiento o necesidad -que “llega sin quererlo ni buscarlo, y no podemos evitar” (Ibid, p. 151)- del amor verdadero o incondicional -que “es el auténtico amor... un amor por elección plenamente consciente” (Ibid, p. 153)-, acaba por proclamar que “amar es una elección feliz que nace del corazón, con el beneplácito de la voluntad y la inteligencia.” (Ibid, p, 153). Y nos parece que, esa “elección feliz que nace del corazón”, no debe estar muy lejos del enamoramiento.

Resumiendo. ¡Qué duda cabe de que lo ideal sería conseguir que corazón y razón fuesen de la mano! ¡Tener la suerte de que el individuo que elige nuestro cerebro fuese el mismo que dispara el resorte que pone en marcha nuestro “amor”! Pero el enamoramiento es una emoción autónoma e ingobernable que empieza cuando quiere y termina cuando le da la gana, y conseguir eso no parece fácil y requerirá todos nuestros cuidados. Ya hemos dicho que desconocemos el cúmulo de estímulos necesarios para que se ponga en marcha, pero parece lógico que, cuando menos alguno de ellos, tenga algo que ver con la sexualidad. Acaso ésta sea más compleja de lo que se ha dado por hecho y sea vivero de algunos de nuestros sentimientos más nobles. Y en ese caso habría que completar la educación sexual con otra emocional y sentimental.

La civilización occidental ha tendido a menospreciar las emociones en aras a favorecer el predominio de la inteligencia, y así aquel *psykhé* (el yo emocional) de los antiguos jonios y áticos, pasa a partir de Platón a convertirse en mero receptáculo de la razón. Es verdad que el bienestar material de las personas y los pueblos depende del intelecto, pero a estas alturas no nos está permitido hacer dejación de ese otro mundo emotivo tan importante para la felicidad. Como proclaman los profesores Lewis, Amini y Lannon (*Una teoría general del amor*, Barcelona, RBA Libros, 2001, p. 263): “Aunque no podamos cambiar la naturaleza del amor, podemos desafiar sus dictados o prosperar dentro de sus muros.” Y aún no nos hemos puesto de acuerdo en cual de las dos opciones es la mejor...